

Sin la Eucaristía

no podemos vivir

EL CATEQUISTA ADORADOR DE CRISTO EUCARÍSTICO



Se adora lo que se ama. Un padre o madre dice con toda razón: adoro a mi hijo o hija. Algunos más exagerados dirán: adoro a mi gato. Así, la adoración se relaciona con las personas, animales, incluso cosas que amamos. Cuando un bebé es hermoso, decimos: es adorable. En la Iglesia, desde hace siglos, tenemos un rito litúrgico que llamamos la adoración del Santísimo Sacramento, en el cual nos disponemos de corazón adorar al Señor en esta forma tan especial en la que él ha querido quedarse entre nosotros. En esta ocasión meditaremos sobre el catequista adorador de Cristo Eucarístico.

La adoración entre los fieles católicos, basada en el amor a Cristo Eucarístico, es sin duda un momento de oración y más todavía de contemplación. Podríamos decir que aquí, oración y contemplación pasan a ser sinónimos porque nos ponemos enteramente en la presencia del Señor que es presentado en la custodia. Es sobre todo una adoración desde el corazón, desde lo más profundo de nuestro ser, sobre todo en el silencio porque el que tiene que hablar es el corazón y no tanto la boca. Se dice desde la espiritualidad católica que el silencio ya es oración. A veces se suele pensar que Dios quiere que le cantemos mucho y repitamos largas oraciones de memoria y olvidamos el valor del silencio.

El catequista como adorador de Cristo Eucarístico debe encontrar en este modo de oración también un alimento para su espíritu. Debe sentir que cuando está junto a Cristo Eucarístico él le mira con amor porque en primer

lugar aceptó la invitación a servirle en sus hermanos cumpliendo la más hermosa tarea de educar la fe. Es por ello que el catequista debe dejarse mirar por Jesús, y por supuesto mirarlo a él en un coloquio de corazón a corazón en un –ojalá– tranquilo y largo momento ante Cristo expuesto en la custodia para adorarlo. Así, será bendecido con el amor de Señor que le sigue amando cada vez con más amor, entonces resonarán las palabras de Jesús: “Vengan a mí todos... y aprendan de mí, que soy sencillo y humilde de corazón y encontrarán descanso para sus vidas” (Mt 11,28-29).

Finalmente, esta adoración del catequista a Jesús Eucarístico tiene un gran gracia que sin duda le servirá para su educación de la fe. En esta oración-contemplación Jesús le llena de su amor que le lleva a “adorarlo” en sus hermanos. Así, esta adoración tiene una repercusión muy importante en el educador de la fe, le lleva a amar al catequizando como Jesús le ama. Eso significa tener la misma paciencia que su Señor. San Pablo dice a los cristianos que deben tener los mismos sentimientos de Cristo. Esta paciencia, fruto del amor de Jesús por el catequizando se concretiza en un esfuerzo del catequista por acompañar al catequizando para que pueda crecer en el camino de la fe, guiándolo, respetando su proceso personal de encuentro con Dios, dándole todo aquello que le pueda servir para madurar en el seguimiento de Cristo, en fin entregar todo por amor al Señor que también está presente en el hermano. Te invito, catequista, a ser un adorador de Jesús Eucarístico con fidelidad y te aseguro que los frutos que vas a percibir serán grandes y serás muy feliz en esta gran tarea que ejerces como educador de la fe.

Colaboración de Pbro. Héctor Zambra
Equipo de Catequesis
La Serena